

Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
"Vuestra madre mirad."—dijo muriendo,
"Esa de mi bondad última prenda;
"Si algun dia verteis sincero llanto,
"Por vosotros pidiendo
"Para salvaros del azar tremendo
"Real protectora os tenderá su manto."

Y á tí, Madre amorosa,
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa,
Y en tí esperamos y en tu amor creemos
Y á tí tornados á tus pies caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara
Arrepentido al cabo ¡á quien mostrará
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¡quién el comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Si no quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh, dulce Madre, celestial y bella
Feliz mil veces quien á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al alzar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela;
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado,
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan

De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco,
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo al ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta,
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos,
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon:
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto,
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié;
Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda,
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan,

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimiento

La roia el corazon.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentacion.

De aquellos séres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios,
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida
Prócima á tender su vuelo,
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado,
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada,
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salia desesperada
Sin mas norte que el alzar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir;
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba escrito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó.

Llegó, y al fin Margarita
Que oido prestaba atento,
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Prócima á colmar su falta,
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos
Y vagos presentimientos
De incomprensible pavor;
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende,
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

"¡Qué noche! dijo espantada,
"Si habrá don Juan desistido!"
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardín,
Escuchó sobrecogida,
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los limites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria,
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;

Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincón olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincón;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia,
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazón.

En un altarcillo humilde,
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imagen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante, sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincón privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió,
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada
De soledad y fatiga,
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella,
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;

Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria,
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imagen
Con voz triste y lastimera,
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar.

“Ya ves que al fin es preciso
“Que deje yo tu convento,
“Mas ya sabes que lo siento
“Oh Virgen mia! por tí.
“Y puesto que de él sacarte
“No puedo en mi compañía,
“No me abandones, Maria,
“Y no te olvides de mí.

“Ojalá entre mis hermanas
“Hubiera otra Margarita
“Que con tu imagen bendita
“Obrara como ella obró.
“Ojalá esta luz postrera
“Que en esta noche te enciendo,
“Estuviera siempre ardiendo
“Mientras te faltara yo.

“Mas ¡ay! ninguna te quiere
“Como yo, y son mis angustias
“Pensar que estas flores místicas
“A tus piés se quedarán,
“Y se apagará esa vela,
“Se ajarán tus vestiduras,
“Y los que pasan á oscuras
“Tu hermosura no verán.

“Al fin yo parto, Señora;
“Mi confianza en tí sabes,
“En prueba toma esas llaves
“Que conservo en mi poder.
“Guárdalas, otra tornera
“Elige á tu gusto ahora,
“Y el cielo quiera, Señora,
“Que nos volvamos á ver.”

Así Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imagen de hinojos
Los sacros piés la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía,
Traspuso la galería
Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado,
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,

Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero,
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle,
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente,
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos,
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.
¡Por vida mia! don Juan,
¡Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.
De paso para Madrid.

DON GONZALO.
¡A las fiestas?

DON JUAN.
Todos van.

DON GONZALO.
Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.
Páreceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabéis que es mi manía:
Do quier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo menos por ir me tomo
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.
¡Y para qué tiempo tanto?

DON JUAN.
Si la funcion sale huera,
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.
A fé que razon os sobra,
Y á poder irme con vos....

DON JUAN.
¡Teneis que hacer, vive Dios,
Mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO.
Y mi tutor ¡qué dirá?

DON JUAN.
¡Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?

DON GONZALO.
Vos pues....

DON JUAN.
La pregunta está
De mas, mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid,
Salir de Valladolid
Dentro de una hora es preciso.

DON GONZALO.
¡Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.
Por Dios que es grave pretesto!
Jamás dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.
Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.
¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!

DON GONZALO.
Ya! jacos tengo yo dos,
¡Mas dineros....!

DON JUAN.
¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad el otro vos.

DON GONZALO.
Dadlo por hecho.

DON JUAN.
Atended
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.
¡Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?

DON JUAN.
¡Qué sé yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua....

DON GONZALO.
Se resiente de los callos,
Eh? pero como gustéis,
Decision es lo que importa.

DON JUAN.
Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.
Por quién?

DON JUAN.
Por una señora.

DON GONZALO.
¡Hablarais por la noche
Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos;
Mas no digais donde vamos;
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya vereis mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué don Juan, para habitar
Tomaron cuarto contiguos.

Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno del otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aquí lector por no ser
En demasiado prolijo,
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillas tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y don Gonzalo llegaba
A quien don Juan demandó.

DON JUAN.

¿Qué hay don Gonzalo?

DON GONZALO.

Tomad.

—¿Cuánto?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.

—Bah: don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aquí mas de mil
Para ayuda de la empresa.
—Adelante, pues.

—Pues ea!

Mayoral pica el ganado,
Que el viaje será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el trasporte,
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
Y don Juan, los tres á una,
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos, cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Y de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto don Juan de la monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de sus dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla,
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta,
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan,
Que está la tormenta próxima
A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!

Don Gonzalo que debiera
Mirar de don Juan la mucha
Generosidad mostrándole
Ciega confianza mútua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le dá parte, y descubre

A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta;
Y en fin, su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque don Juan no se cura,
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas,
Pretestos busca á sus solas
Para afeár su conducta.
Qué es don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:
Díscolo, en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa,
Y entre apuestas dos espíritus
Maléficos que la turban,
Margarita el hondo cáliz
De las desdichas apura.
Margarita, que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aire que perfuman
Mil flores, entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan,
Y vé sus mil ilusiones
Que al principio se agrupan,
Del abismo de la nada
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

—¿En dónde están (se decia)
—Los sueños de mi ventura?
—Aquel país encantado
—Que esento estaba de angustias,
—Cuadro espléndido y magnífico
—Con una sola figura,
—Que era ese don Juan que ahora
—Duelos sobre mi acumula!
—¿Por qué le he creído, necia!
—Por qué le he creído nunca?
—¿Qué he encontrado yo en sus brazos
—Sino ficcion y locura?

—¿Qué me ha dado en sus caricias
—A beber mas que cicuta?
—¿Qué espero de sus promesas
—Sino que jamas se cumplan?
—Arrastrada entre sus vicios,
—Y entre sus orgías impuras,
—Su amor me devora el alma
—Y él se harta de mi hermosura!
—Sí, por otro amor me deja
—Encerrada en esta oculta
—Mansion, mientras él va ciego
—Tras de quien su amor rehusa.
—Tras esa beldad vendida,
—Que abre á la codicia pública
—Sus gracias para que vaya
—A hozar en ellas la chusama;
—Y cuyos torpes aplausos,
—La envilecen y la ensucian,
—Pues la apellidan á un tiempo
—Celestial y prostituta.
—Ah! los zelos me devoran,
—La envidia, el odio, me abruma;
—Yo le amo!... y es imposible
—Que su indiferencia sufra.
—El me sedujo; él mis ojos
—Abrió á la luz de la culpa;
—Yo era una pobre inocente,
—Mi alma era cándida y pura,
—Sus palabras me eran dulces
—Como una lejana música,
—Mas ardientes que un volcan
—Y mas que una lanza agudas.
—¿Qué hiciera yo mas que oírlelas
—Con idolatría estúpida?
—Ay! ¿quién pudiera tornarme
—A mi sencillez inculta
—Y á mi inocencia del claustro?
—¿Quién amansara la furia
—De este amor y esta conciencia,
—Que para herirme se juntan?"

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque don Juan la abandona
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta,
Y mientras hallaba encantos
Su pasion entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ansias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia,

Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa,
Y ella acosada de zelos
Y herida de sus repulsas,
Sus pensamientos acecha
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y cólerica le insulta,
A veces los piés le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él, ni una mirada
Su amarga aflicción la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio,
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no lo agradece nunca;
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto, don Gonzalo
Que calla, mira, y escucha,
Cobra hastío de don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y fortunas:
Y él tiene mas que le pese
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbrá;
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma,
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas,
En que la luz de los astros
Rasgar no pueden la atmósfera,
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa,
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,

Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse, pues, en sus brazos;
Pero la inconstante diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras
Pues se cambió de repente,
Y el que jamas la malogra
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora,
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona,
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin, don Juan satisfecho
De fortuna tan dichosa
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta,
Y devolviendo las joyas,
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

"Todo lo puede el dinero,"
Dijo en la calle á sus solas,
"Lo que al valor no se rinde
Con la riqueza se compra.
Veremos, pues, si con oros
Hacemos mas que con horas."
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde, y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba, pues, concluyéndose
Cuando entró: mas era otra

Su intención que la de oirla,
Porque concluida toda
Fuese al vestuario, y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma:
"Toma esos ocho doblones,
Y á esa Sirena engañosa
A quien sirves, si te estimas,
Dirás lo que aquí me oigas.
Y es: que hay un noble extranjero
Que al verla tan seductora
Volver no quiere á su patria
Sin un adiós de su boca.
Que si mañana en su casa
Cenar con él no la enoja,
En presencia de un amigo
Y de una fiel servidora
Recibirá mil doblones
Para recuerdo de la honra.
Conque olvidarte procura
De que yo soy la persona
Que irá á cenar, y no olvides
Que el amigo será un mómia,
Que tú serás quien nos sirva,
Y que por cuenta redonda
Bien te dará cien doblones
Quien la da doscientas onzas."
Y así acabando don Juan
Hasta los ojos se emboza,
Y parte añadiendo bajo:
"Hasta mañana á estas horas."

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo cómo por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso don Juan
Se hundía como una sombra,
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y en derredor de una mesa
De viandas esquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre don Gonzalo
Y don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veintidos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,

Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de vos mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas.
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piescitos
Tan menudos, que á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan,
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

SIRENA.

¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no érais?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre
Dueño de tantas riquezas?

DON JUAN.

Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
No comprarán mis monedas.

SIRENA.

Quiere decir que de dos,
Mal os salió una esperiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Por ella saltó por una.

DON JUAN.

Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera.
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

SIRENA.

Quiere decir

DON JUAN.

Te equivocas;
La interpretacion es esta:
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia,
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su preëio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia,
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa,
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

SIRENA.

Buen cazador sois, don Juan.

DON JUAN.

Y vos excelente pieza.

SIRENA.

¿Seguiriais mucho la pista?

DON JUAN.

Hasta hallar la madriguera.

SIRENA.

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.

Yo atinara con la cierta.

SIRENA.

¿Y si salir no queria?

DON JUAN.

Yo me pondria en espera.

SIRENA.

¿Por empeño?

DON JUAN.

Por empeño.

SIRENA.

¿Y durará?

DON JUAN.

Hasta cogerla.

SIRENA.

Figuraos, pues, que asoma.

DON JUAN.

Me preparo.

SIRENA.

¿Y si se entrega?

DON JUAN.

Tiendo la mano y la cojo,

SIRENA.

¿Y si muerde?

DON JUAN.

Norabuena,
Sóbrame á mí mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.

Brindad, pues, y olvidad eso.

DON JUAN.

A su orgullo!

SIRENA.

A su obediencia!

DON JUAN.

Espera ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?

SIRENA.

El amor está vencido.

DON JUAN.

¿Y la encantadora?

SIRENA.

Muerta.

DON JUAN.

En ese caso, alma mia,
Brindemos y echar tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe don Juan sin cuidado,
Que el vino jamas le altera;
Bebe don Gonzalo poco
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza:
Crugen los brindis sin número,
Crece la orgía sin reserva,
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,
Y entre el son de las botellas
Crugen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.
De amor loco está don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta,

Y al compás de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellísima Sirena,
Y en un sillón don Gonzalo
Sentado y tendido á medias
Como una sombra fantástica
Embebido la contempla.
Ella sutil como el aire
Y como el aire ligera,
Gira enredor, pasa y huye
Como aparicion risueña,
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destreñan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha,
Mas los mágicos hechizos
De sus perfecciones muestra,
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan,
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es un Náyade errante,
Ya una Venus hechicera,
Ya la aurora fugitiva
Flores derramando y perlas;
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,
Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundiendo sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda,
Y el perfume que despiden
A merced del aire sueltas
Cuando los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira, cruza, y resbala,
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
"Bravo, esclamó, solo falta,
Margarita"—A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,

Y con don Juan encarándose
Desencajada y colérica,
¿Quién es esa Margarita?
Le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto don Juan
Sin acertar la imprudencia
A componer de su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza
Les añadió por respuesta.

"A fé que es linda muchacha!
"Y ahora que se me acuerda
"Pues en casa estará sola
"Su compañía me peta."
Y así su capa esto dicho
Corroborando la idea.

—Gonzalo, esclamó don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez
Ya os encontraras sin ella.

—Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido como prenda antigua
Para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedis
Llevaosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.

—¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?

—A Palencia

Y á las monjas de Jesus,
De donde es.

—¿Jesus me tenga!

—¿Calla! ¿qué os dá, don Gonzalo?

—Decidme por vida vuestra

Don Juan, ¿cuál es su apellido?

—Cosa don Gonzalo es esa

Que jamas la he preguntado;

Mas ¡voto va! . . . ¡lance fuera!

¿No es Bustos vuestro apellido?

—Sí.

—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra,
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan á poco
Diciendo: "cosa como ella!"
"¿Quién demonios lo pensara?"
"Pero en fin, ya es cosa hecha"
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.